

ANTONIO G^A MACEIRA

LEYENDAS SALMANTINAS

SEGUNDA EDICIÓN

SALAMANCA: IMPRENTA DE NÚÑEZ

1890

FM

Uley Rano.

DGCL
A

+ 175713

c.

ANTONIO G^A MACEIRA

**LEYENDAS
SALMANTINAS**

SEGUNDA EDICIÓN

SALAMANCA: IMPRENTA DE NÚÑEZ
1890

ANTONIO G. MACEIRA

LEYENDAS
SALAMANINAS

SEGUNDA EDICIÓN

SALAMANCA: IMPRENTA DE NÚÑEZ

1890

LEYENDAS
SALMANTINAS

POR

ANTONIO G^a MACEIRA



SALAMANCA
IMPRESA DE FRANCISCO NÚÑEZ IZQUIERDO
1890

ADVERTENCIA PRELIMINAR



ESTE librito, que dimos á la estampa el año de 1887, lo agotó con inesperada rapidez el favor del público.

Sin merecimiento alguno, y pobres como son estas páginas, su tosca labor sirvió para mitigar el profundo pesar que nos causaron pérdidas irreparables de familia.

Escritas estas tradiciones en los ratos de descanso y al calor de los besos, juegos y risas de mis hijos, sus primeros lectores, un irreflexivo arrojó nos hizo llevar un día el manuscrito á la imprenta, sin pensar en que tan débil trabajo no podía salir sin peligro del estrecho ámbito del hogar.

El público se mostró con esta obrita extremadamente indulgente, y hoy vuelven las LEYENDAS SALMANTINAS á manos de sus antiguos amigos, aumentadas con una tradición más: la del *Santo Cristo del Humilladero*.

Si la leyenda es ó no es impropia de la época; si debe ó no debe escribirse en prosa, y otra multitud de disquisiciones académicas, muy propias de la gente docta, juzgamos no serán parte á detener la circulación de estas páginas tan humildemente nacidas; pues como decía nuestro Hurtado de Mendoza en el prólogo de su *Lazarillo del Tormes*: «lo que uno no come, otro se pierde por ello.»

Solo nos resta añadir que la leyenda no es la historia, y que aquella crece generalmente tanto más lozana, cuanto mayor es la falta de claridad de las noticias y más desvanecido, borroso y vago el contorno, siempre interesante y poético, de las tradiciones populares.





EL COPO DE ORO



I

SE apagaban en el cielo los últimos resplandores del crepúsculo de la tarde del día 24 de Junio de 1777 y ya las sombras de la noche iban envolviendo lentamente las calles y plazuelas de la ciudad de Salamanca.

La campana de la queda ya había dado al aire su tañido agudo y penetrante; pero aquel día no era obedecida como en otros, pues cuanto más cerraba la noche, más crecían el bullicio y la algazara.

Cuadrillas de muchachos y de mozuelas y mozalbetes desembocaban con locas risotadas y alegres cánticos por las avenidas de las plazas, llevando afanosos en sus manos viejas cestas, capachos desfondados, trozos de tablas, paja y hierbas secas, que depositaban aquí y allá en desordenados montones.

Era el material de las hogueras que alegran las calles la noche de San Juan y que alumbran la alegría del pueblo, que se desborda, al resplandor de las rojizas llamas, en risas, en bailes, en juegos y en inocentes recreos.

Fiesta popular la de la verbena de San Juan, que ni el tiempo debilita, ni con los siglos muda, ni con las modernas costumbres desaparece, con tal fuerza arraigó en el espíritu de nuestro pueblo, que tantas veces olvida, en el tumulto y en la agitación de esos regocijos tradicionales, los punzadores tormentos de la miseria ó de la irreparable y congojosa desgracia.

II

En casa del marqués de Ussel se reunían con sus hijos la noche de San Juan varios jóvenes de la nobleza salmantina: los Cárdenas, los Saravias y Juan Iñigo, á quien apellidaban sus camaradas, por su carácter resuelto y denodado, *Juán sin Miedo*.

La viva imaginación de Iñigo, sus gracias y

donaires, su excelente fondo, su destreza en el manejo de las armas y su robustez y fuerza, le hacían sumamente apreciado entre la juventud de su tiempo, sobre la cual ejercía una autoridad indisputable.

El licor corrió aquella noche de verbena en abundancia por las cinceladas copas, desatando la lengua y dilatando el corazón de los nobles mozos, que se transmitieron mutuamente, en el abandono de la amistad y de la confianza, del esparcimiento y de la alegría, sus secretos, ilusiones y proyectos.

La conversación giró largo tiempo sobre el tema del amor, con ese fuego que prestan siempre á semejante asunto corazones llenos de vida y fantasías fáciles en tejer, con hilos de risueñas esperanzas, los más locos y seductores sueños, y recayó, por fin, sobre las preocupaciones y los temores.

—Señores—dijo el primogénito de Ussel—lo confieso con verdad, pero, hace años, al regresar á Salamanca de una cacería en Azaba, creí ver en un barranco una sombra gigante, que venía hácia mí, y piqué espuelas á mi brioso *Zegri*, que al sentirse injustamente castigado, salió por aquellas tierras como alma que lleva el diablo.

—¡Parece mentira!—exclamó Iñigo.

—La oscuridad, la imaginación.....—replicó el mayor de los Saravias.

—No es nada extraño.

—¿Pues no lo ha de ser?—volvió á interrumpir Juan Iñigo.—El hombre debe siempre sus-

traerse á esos miedos infundados. ¿Para qué es la razón? ¡Qué fantasmas ni qué zarandajas!

—Poco á poco, amigo Iñigo—dijo uno de los Cárdenas;—ahí tienes á mi padre, que raya hasta en temerario, y que es, como todos sabeis, muy despreocupado, y me ha contado mil veces que al volver, hace seis años, de sus viñas de los Villares en la noche de San Juan, al dar las doce el reloj, vió claramente, al llegar á la ermita del Cristo de Jerusalém, una mujer hermosísima en la ventana de la torre de la puerta de Villamayor, hilando *un copo de oro*.

Iñigo se echó á reir.

—No te rías, la han visto muchos, y aquella misma noche mi criado Pedro, que acompañaba á mi padre.

—Vamos, entonces tu padre y Pedro habrían cenado fuerte.

—En noche de verbena es cosa muy natural.

El menor de los hijos de Ussel, que había permanecido mudo desde que la conversación tomó el raro giro de aparecidos y fantasmas, dirigiéndose á Juan Iñigo le dijo:

—Pues será cuento, amigo Juan; pero en Salamanca hay muchos que vieron á la mora en el torreón, y tanta gente es imposible que se ofusque y alucine.

—Pues se alucinan, no te quepa duda, porque no hay tal mora encantada, ni tal rueca, ni tal copo. Cuentos, cuentos no más—seguida diciendo Iñigo—cuentos de viejas. El torreón está tan oscuro y solitario la noche de San Juan como las restantes del año.

—¡Pues vaya la última ronda!—exclamó el primogénito de Ussel, destapando una botella, que rebrillaba como una enorme brasa á la viva luz de las bujías

—¡Ese es más viejo que nosotros! ¡Treinta años *encantado*; quiero decir, *encantarado* en las bodegas de Toro!

Y los animosos jóvenes apuraban el contenido de los vasos, en que había vertido el generoso anfitrión el añoso y chispeante zumo.

Media hora después, el espacioso comedor de los Ussel estaba silencioso. Sólo á breves intervalos se escuchaba el rumor de los pasos de los criados, que retiraban la vajilla y ponían en orden los esparcidos muebles.

III

Juán Iñigo al entrar en su casa se ahogaba; sentía la necesidad de respirar el aire libre y de disipar aquella nube de vapores que, oprimiendo su frente y pesando sobre sus arterias, punzaban en sus sienas con dolorosa insistencia. Se echó á la calle de nuevo y bajó instintivamente la Cuesta del Carmen.

Al llegar frente á la puerta de Villamayor, Iñigo se detuvo.

La esbelta torre morisca, alumbrada por la melancólica luz de la luna, ostentaba la gallarda proporción de sus líneas, y los escaques de

las ventanas, vestidos de costrosos líquenes y de colgantes jaramagos, producían extraños cambiantes, que, combinados con las recortadas sombras proyectadas por los pilares, capiteles y truncados botareles, llevaban á la exaltada imaginación de Juan Iñigo y á sus turbados ojos mil singulares visiones.

Juan dió unos pasos más, se reclinó sobre un ángulo oscuro del torreón y aspiró con ansia la regeneradora brisa de la noche.

Iban á sonar las doce en el reloj de la Catedral.

Juan Iñigo, con la imaginación excitada por el vino y recordando el cuento de la mora encantada y sus mismas impresiones del momento, se acercó más y más á la puerta de la misteriosa atalaya.

Las hogueras de la plazuela de Mamarón se habían apagado, las puertas de todas las casas se cerraban con estridentes golpes, mezclados y seguidos del monótono rumor de cerrojos y aldabas, y las ráfagas de aire traían hasta el carcomido muro los últimos cantares y risas de las muchachas, los apagados gritos de los chicuelos, las notas agudas de las dulzainas y el sordo ruido de los tamboriles.

Unos instantes después el silencio era sepulcral.

Los guardianes de la puerta de Villamayor dormían profundamente al soplo de la nocturna brisa, percibiéndose con claridad el ronquido de su sueño.

—Llegó el momento—dijo Iñigo al escuchar

la primera campanada de las doce—y empujando suavemente la puerta del torreón, subió á tientas y en silencio dos largos tramos de estrechas escaleras, y se halló á poco en la estancia superior de la vieja atalaya.

La vistosa y calada ventana de la fortaleza dejaba penetrar un plateado rayo de luna, y el aire traía hasta aquel solitario recinto el suave y apagado rumor del Tormes, al deslizarse en su lecho de arena, rumor que algunos instantes atenuaba el atolondrado aleteo de los buhos, que, al sentir ruido cerca de sus agujeros, se revolvían inquietos. De pronto la estancia se encendió con un clarísimo resplandor, que remedaba la luz viva de un deslumbrador relámpago, y al cesar, dejó ante la atónita vista de Juan Iñigo la figura de una hermosísima mujer, de dulce sonrisa, de sedosas pestañas y de fulgurantes ojos, cuyas pupilas mudaban á cada momento de color, como prismas heridos por el sol.

Iñigo se restregó los ojos, como si presintiese que era víctima de una alucinación extraña é incomprensible, y volvió á mirar aquella mágica aparición, debajo de cuyo cutis de trasparente alabastro, parecía circular una corriente de luz crepuscular y sonrosada.

Al pié de la rasgada ventana de la torre, sentada muellemente sobre rico almohadón de grana, lucía aquella misteriosa mujer, al lado de la larga trenza de pelo que caía sobre su pecho de blanca espuma, una rueca de nacar á cuyo extremo sujetaban *un copo de oro* dos anillas salpicadas de rubíes y esmeraldas, entre cuyas

facetas jugueteaba la fosforescente luz de la luna en átomos de verde y fuego.

Dos primorosas manos, semejantes á dos manojos de jazmines, arrancaban de aquel copo hebras amarillentas, que el huso, en su rápido movimiento, iba retorciendo y arrollando en flexible y reluciente hilo

No era Iñigo medroso ni pusilánime; pero un sudor frío bañó su cuerpo, echó una mirada á su alrededor, y se adelantó tambaleando hacia aquella encantadora aparición.

Antes de llegar á la deslumbradora dama, un nuevo resplandor de aquellos vivísimos ojos cegó los del buen Iñigo, alargó la temblorosa mano hacia la preciosa rueca, y al oprimir entre sus dedos el rico *copo de oro*, sintió un frío helador que hacía rechinar sus huesos y estremecer sus carnes.

Iñigo oyó un grito penetrante y sobrehumano, que vibró fuertemente en sus oídos hasta ensordecernos, y se vió envuelto de repente en oscura noche.

Se precipitó á tientas hacia la puerta de ingreso, quiso bajar la escalera, pero desfallecido por la impresión que acababa de experimentar y mareado y débil con los vapores de aquella noche de orgía, le faltaron los pies y rodó por los desgastados y pendientes escalones de la atalaya.

IV

Cuando al siguiente día, ya muy entrada la mañana, los perezosos guardianes de la puerta de Villamayor repararon en que la del torreón estaba abierta y penetraron en el estrecho hueco de la escalera, hallaron al noble Iñigo tendido y casi exánime sobre la última piedra de la escalinata, con una profunda herida en la cabeza y en medio de un charco de sangre.

Muchos días estuvo Juan Iñigo más muerto que vivo, y sólo los solícitos cuidados de su madre y de sus hermanos y los esfuerzos de un sábio médico, lograron arrancarle de las garras de la muerte.

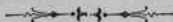
Durante su gravísimo mal y en sus largos y frecuentes delirios, solía exclamar, después de nerviosas carcajadas, alzando sus brazos trémulos y convulsos: ¡Es cierto, es cierto! ¡Yo la ví, yo la ví!

La pobre madre de Juan Iñigo, de rodillas y mirando suplicante, con los ojos llenos de lágrimas, á una efigie de la Santa Virgen colgada en una de las paredes de la alcoba, decía con trémula voz, apagada por los sollozos: ¡Pobre Juan mío! ¡Está loco!





LOS GUIAS CELESTIALES



POR un estrecho sendero, abierto entre carrascos y brezos, caminaban, al declinar de la tarde de un día de Mayo de 15..... dos religiosas carmelitas, en cuyos semblantes, surcados por la meditación y la penitencia, se retrataba ya el cansancio.

La más joven y de más debil constitución parábase á ratos al borde del sendero y se volvía hacia el occidente para aspirar la ténue brisa que agitaba las plantas, alzando de los tomillos y cantuesos agradable fragancia.

A trechos, las espesas matas cegaban la senda con sus ramas, y las religiosas las sepa-

raban para proseguir su jornada, levantando al ruido, de aquellos laberintos de verdura, bandadas de jilgueros, que se alejaban revolando con chillona algarabía, turbados en el silencio y dulce reposo de sus nidos.

—Madre Teresa—dijo la religiosa más joven á la que parecía soportar con más ánimo ó paciencia el rigor y el cansancio de la marcha: —“Voy rendida, y con gusto me sentaría un rato.”

—También yo necesito descansar; pero aquellas peñas que se divisan juzgo nos han de proporcionar lo que ambas anhelamos. Yo siento también mucha sed y allí se percibe agua.

No habrían pasado diez minutos, cuando las dos venerables madres llegaban á una verde ladera erizada de blancos peñascos, por la cual, entre vistosas alfombras de flores, se deslizaba murmurante un cristalino arroyo.

Repuestas algun tanto de la fatiga, las religiosas ahuecaron sus manos y humedecieron sus labios con el agua de la corriente, que formaba en la hondura del cercano valle amenos remansos entapizados de algas y de verdes bosquetes de madre selvas y de zarzamoras, sobre las cuales revolaban las mariposas y se agitaban en tropel los pajarillos con dulces y animados gorjeos.

El lugar convidaba al reposo, y las madres carmelitas, sentadas al repecho de una peña, hablaron largamente de sus proyectos.

Iban á fundar el monasterio de Alba, y aquella empresa absorbía por entero sus pensa-

mientos, fijos exclusivamente en el servicio de Dios.

Una casa más dedicada á la piedad, al recogimiento y al martirio; un nuevo asilo para la virtud y la oración; un apartamento perfumado por la fé y donde purísimos corazones podrían en adelante consagrarse á místicos y celestiales ensueños.

—¡Dios nos ha de ayudar!—decía la más alta y resuelta, y aunque el demonio, como habil, tejerá sus tramas y meditará sus asechanzas, el Señor las desbaratará todas, si nuestros ruegos no cesan y nuestra fé no se quebranta.

¡Creamos y esperemos!

El sol trasponía el alto cerro que se divisaba al Poniente, dorando con sus últimos rayos el espeso matorral de la cima, y mil vagos sonidos, y mil ecos y voces, apagadas por la distancia, anunciaban el poético adiós de aquel día primaveral.

Las religiosas se pusieron en pié, sacudieron sus empolvados hábitos, volvieron á humedecer los labios en el agua del arroyo, y se dispusieron á proseguir el sendero que faldeaba aquella apacible ladera.

Algunos pueblecillos se divisaban en la llanura, envueltos en las tintas de grana del crepúsculo, agachados como alondras entre los surcos de los barbechos, reclinados otros en las laderas y canchales, ó prendidos, cual nidos de águila, en las puntas de las peñas.

Las choperas y alamedas marcaban las líneas de los desaguaderos de las vertientes, le-

vantando al cielo las verdes y frondosas copas de los árboles, que tomaban ya, por la falta de luz, un sombrío tinte.

El sendero se bifurcaba, y las madres del carmelo siguieron, no sin vacilar largo rato, por el brazo más angosto de aquella tortuosa vía; cinta robada al verdor del prado por las pisadas de los pastores y el hendido pié de las cabras.

Aquel estrecho sendero perdíase, al fin, borrándose en la espesura de un inmenso encinar, y la noche cerró oscura aunque templada y apacible

Largo tiempo vagaron las madres, aunque en vano, por entre los árboles de aquel extenso monte. Ni una luz en lejanía adonde pudieran dirigirse, ni un ruido, ni un eco contestaba á sus gritos de socorro y de angustia.

Por fin, rendidas, sin fuerzas, sin aliento, y por la oscuridad y las sombras aterradas, cayeron de rodillas, exclamando con un profundo desconsuelo: ¡Estamos perdidas!

Oraron largo rato y, al fin, la más animosa, alzándose alegre, dijo á su compañera: ¡Animo! ¡Allí se vé una luz!

—¡Qué intensa!—replicó la más joven de las carmelitas.—Debe de ser una hoguera.

Y corrieron ansiosas hacia el lejano resplandor, dando al olvido el cansancio y la debilidad de sus cuerpos.

La luz seguía divisándose sin desmayos, sin sombras, clara y viva como el rebrillar del sol.

—¡Son dos jóvenes con dos antorchas, madre Teresa!—gritó llena de asombro la más moza de las religiosas.

Y, en efecto, dos mancebos de hermosísima fisonomía y de cabellos de oro, que caían hechos sortijas por sus frentes de bruñida plata, alumbraban con grandes antorchas un ancho camino, á cuyo término se apiñaban las casas de un pueblo.

—¿Nos dicen, hermanos—preguntó la madre Teresa,—el nombre de ese lugar que se divisa?

—¡Alba!—contestó una voz, dulce como el ruido blando de un aire suave al rozar las hojas de los sauces, y armoniosa como el sonido de la flauta ó el eco de un arpa, herida por diestra mano; y los jóvenes desaparecieron, y las luces se apagaron, y un agradable perfume embalsamó el aire.

A los pocos instantes, las madres del carmello entraban en la villa de Alba de Tormes, y Teresa de Jesús, volviéndose hacia su compañera, la decía con religiosa unción, que arrancaba de sus ojos lágrimas de ternura: “Creamos y esperemos siempre, madre, que ya veis que cuando falta en la tierra auxilio, Dios manda á ella servidores y amigos celestiales para los que de corazón le aman y con fervor le piden.”



LA FLOR DEL PÁJARO



I

EL valle de la Valmuza, á dos leguas de Salamanca, fué asiento de una población morisca, emprendedora y activa, que á la par que cultivaba la tierra, desenvolvía con afan la industria.

No hace aún muchos años que la casualidad descubría en aquellos sitios una obra de arte: un mosaico, lujoso pavimento de una tarbea, hecho con artificiosos alicatados y recortes.

Encariñados los moros con la naturaleza, amantes de las flores y de los árboles, vistieron el valle de la Valmuza de una lujosa vegetación, que celosamente guiaban y acrecentaban. La vida corrió hacia aquellos campos, y las márgenes del río se cubrieron de huertos y jardines, que coronaba la primavera de flotantes guirnaldas de flores y el estío de dorados frutos.

En uno de los pueblos del valle de la Valmuza ví, hace años, una piedra con calados y arabescos, sirviendo de jamba en la estrecha puerta de un horno, en el cual se leía el nombre árabe "Kinza.."

En vano pregunté á los campesinos, inútilmente interrogué á los dueños de la vivienda, sin éxito busqué en los archivos datos y noticias. Solo un pastor, á quien fatigué á preguntas, corrió hacia un barranco y me trajo una flor, *la flor del pájaro*, amariposada corola de una planta exótica.

Una mañana, ya habrían pasado cuatro años desde mi visita al valle de la Valmuza, recordé aquella expedición y aquellas impresiones; pero ya no las percibí separadas é incomprensibles.

En mi memoria había una historia, la triste historia de Kinza, que, sin duda, había forjado en sueños.

Cogí un papel y la escribí con afán, temeroso de perderla.

Hé aquí mi apunte, fielmente reproducido:

II

Entre todos los jardines y huertos de la Valmuza ninguno tan hermoso como el de la joven Kinza, consagrada al estudio de las flores y al cultivo de las más delicadas plantas.

En medio de bosquetes de mirtos, de laureles y de arrayanes, la gentil doncella había aclimatado las flores más extrañas, las más lujosas, las más lindas y de más suave fragancia.

La poda, el ingerto, todos los recursos de la jardinería los sabía y practicaba Kinza.

El alba sorprendía á la diestra jardinera arrancando las malas hierbas ó sosteniendo con hilos y cañas los flexibles tallos de las enredaderas y jazmines, y los últimos rayos del sol poniente alumbraban el bullicioso circular del agua del curvo estanque por regueras y recuadros.

Algunas plantas resguardábalas la mora bajo techado para libertarlas de la inclemencia de la noche, y anchos sombrajos de paja y mimbre preservaban otras de los ardientes rayos del sol canicular.

Las semillas recogíalas Kinza con diligencia y, reunidas en separados paquetes, reservábalas en el fondo del invernadero para resembrar en la estación oportuna los círculos y bosquetes de su amenísimo huerto.

El jardín de la Valmuza, breve compendio de aquellas quintas de los reyes moros, donde

diestramente se enlazaban las galas de la vegetación oriental y el gusto por las artes, era el centro de reunión de las jóvenes del contorno.

Allí resonaban frecuentemente danzas y cántares, allí se recitaban poesías, y allí mil agraciadas mujeres de párpados ennegrecidos por el antimonio y de artificiales lunares daban rienda suelta á su alegría, corriendo y jugueteando entre la espesura con sus vistosas sayas de colores, que remedaban flores movibles.

Un día, día aciago, en el valle de la Valmuza resonó un terrible estrépito de clarines y un estruendoso galopar de corceles: eran los soldados cristianos que llegaban á vengar antiguas asechanzas y sangrientas hecatombes de los sectarios de Islám.

El choque fué rudo, sin que bastasen á desarmar la furia de los cristianos, ni la inocencia, ni la orfandad, ni la hermosura.

El valle de la Valmuza quedó regado con la sangre de los moros, y á los gemidos de los ancianos, mujeres y niños, sucedió una inmensa llamarada que envolvía casas, talleres, telares y huertos.

Kinza, oculta y desapercibida entre una espesura de laureles, al mirar con espantados ojos aquel inmenso incendio, que iba á reducirla á cenizas con sus queridas flores, entró desolada en el invernadero, buscó precipitada y con trémula mano un paquetito de semillas, lo guardó en su pecho y corrió por el valle loca de terror y ahogada y ciega por el espeso humo del incendio.

Un arquero cristiano traspasaba con una flecha el corazón de la jardinera de la Valmuza, que en los estremecimientos y convulsiones de la agonía, caía en el fondo de un estrecho barranco.

Un soldado corrió hacia aquella víctima, la despojó de sus vestidos ricamente bordados, de sus brazaletes y anillos, y al mirar sobre el ensangrentado y desgarrado pecho de Kinza un paquetito envuelto en una cinta, lo abrió con presteza en la esperanza de encontrar algún objeto de subido merito.

Al mirar unos diminutos granos, mezclados de tallitos secos y de agostados cálices, los arrojó de sí con ira, confiando al viento el trabajo de esparcirlos por el prado.

Los pastores de la Valmuza encuentran algunas primaveras entre las florecillas del verde valle una, cuya pintada corola representa propiamente un pajarito con las alas extendidas que lleva en su delgado pico una abeja, y la enseñan y presentan admirados al viajero, como un rico y preciado tesoro de sus campos.

Es la flor más caprichosa del jardín de Kinza, la que más amaba, *la flor del pájaro*, que asilvestrada ya y sin aroma, parece que pregonna, á través de los siglos, el sentimiento por la muerte de la diestra jardinera que logró aclimatarla en el lujoso valle salmantino.





¡QUÉ RAREZA!



EXTRAMUROS de la puerta de Santo Tomás, consagrado actualmente á asilo de enagenados, hay un edificio de gusto del Renacimiento que fué colegio de niños huérfanos, fundado en 1545 por el médico del Papa Paulo III, don Francisco de Solís.

La historia, que solo afirma lo que puede demostrar y que en su frío relato no admite la leyenda, presentó siempre como una rareza del médico Solís dos cláusulas de la carta de fundación de tan benéfico colegio y que consistían en que los niños huérfanos y pobres acogidos pudieran seguir todas las carreras menos la de medicina, yendo siempre por la calle con la cabeza descubierta.

En una tarde de invierno, alumbrada por un sol resplandeciente, hace ya treinta años, un viejecito de Salamanca me contaba la siguiente historieta, reclinado en una de las tapias del convento del Jesús

Tal era la narración, si la memoria no me es infiel.

I

Hace cerca de cuatro siglos que vivía en Salamanca don Pedro Maldonado, noble caballero degollado en Tordesillas, á consecuencia del levantamiento y guerra de las comunidades. Su madre era una santa dama, empleada constantemente en obras de caridad y de devoción, á quien amaban tiernamente los pobres y los desvalidos.

Una mañana en que la ilustre señora entraba en su palacio, vió á uno de sus criados que daba fuertes golpes á un niño como de doce años, descalzo y desgarrado.

—Dejadlo—dijo con tono imperativo la viuda de Maldonado.—¿Por qué le castigáis tan inhumanamente?

—Señora—contestó el criado—días pasados cuando entraba en casa su Divina Majestad para el anciano Pedro, este pilluelo no se quitó la gorra, y ahora por que le reprendo me llena de injurias.

—Entrad, entrad niño—dijo la señora de Maldonado.

Y la devota dama vestía y calzaba á aquel mendigo, dejándolo al servicio de su casa, después de exhortarle á la piedad y al respeto.

Francisco, que así se llamaba el chicuelo, era además huérfano de padre y madre.

Los cristianos sentimientos de la señora y su pasión por los pobres y los desgraciados, la llevaban frecuentemente á ejecutar obras de esta índole, con las cuales atajaba á veces malas inclinaciones, logrando que el bién germinara en muchos corazones, precipitados en el pillaje, en el descreimiento y en la irreverencia.

La viuda de Maldonado pudo descubrir bien pronto en el niño Francisco un gran despejo natural, y lo mandó á la escuela, donde aventajaba muy pronto á todos sus compañeros.

Su prodigiosa memoria, su humildad y la elocuencia con que enunciaba siempre sus conceptos, hicieron que el joven Solís gozara ya á los dieciseis años de una envidiada reputación.

Su virtuosa protectora, á quien entusiasmban los notables adelantos de Francisco y su celebrado talento, le dijo un día:—Francisco, debes ir pensando en elegir carrera. Eres bueno y quiero seguir protegiéndote y amparándote. ¿Qué quieres ser? ¿A qué tienes inclinación?

—Señora—dijo el joven lleno de emoción—nunca podré yo pagarla tantos favores. No quisiera abusar de su caridad; pero ya que para mí ha sido una madre, con filial franqueza he de hablarla: mis aficiones me llevan al estudio de la medicina.

—Está bien. Serás médico.

No habían pasado siete años, cuando una serie no interrumpida de triunfos académicos, señalaban al joven Solís como una de las más legítimas glorias de la escuela de Salamanca y como el único sucesor del inmortal Laguna, lumbrera de la medicina española en el siglo xv.

II

La viuda de Maldonado, después del trágico fin de su adorado hijo, cayó en una terrible prostración.

Apenas comía, y aunque el pulso no acusaba fiebre, una extenuación grande se manifestó bien pronto.

Hundiéronse sus ojos, perdió su cutis la frescura y el carmín, y un tinte amarillento empañó sus mejillas.

Solis no se apartaba un punto de la bondadosa señora, á quien tanto amaba y debía.

Sus observaciones concienzudas y detenidas no cesaban.

La pena del ilustre médico era inmensa.

Largas horas pasaba Francisco sobre sus libros; largas y frías noches sin sueño, empleadas en indagar y esclarecer las veladas causas de aquella terrible dolencia.

Nada lograba.

La medicina era impotente contra el insidioso mal. La muerte triunfaba.

—¡Pobre ciencia!—decía en sus arrebatos de despecho el joven doctor.—Si no me sirve para dar vida á esa preciosa existencia, al sér que más amo, al que más debo, ¡maldita seas!—y arrojaba al suelo los numerosos volúmenes, abiertos sobre su mesa de estudio, y que había devorado con loco afán é interés vivo y creciente durante largas noches de insomnio. No había remedio y la viuda del noble Maldonado espiraba en los brazos de su protegido, que tras pasado de dolor, besaba reverente y ahogado por el llanto aquella frente livida.

Francisco de Solís no quiso permanecer más tiempo en Salamanca.

Dejó su cátedra y sus enfermos y marchó á Roma. Sin apego á la vida y devorado por una inmensa melancolía, Solís fué á Trento para seguir el curso de la horrible epidemia que diez maba la población, con la esperanza de libertarse con la muerte de sus crueles sufrimientos morales.

Su ciencia, su talento y su abnegación, le hicieron célebre en Trento y en toda Italia, y su fama lo llevaba, después de la muerte del profesor Laguna, á la cabecera del lecho del Papa Paulo III.

Al tornar con honda tristeza los ojos á Salamanca, Solís fundaba ese colegio—me decía el viejecito, señalándome el de los huérfanos que teníamos delante;—pero no quiso, en recuerdo del episodio á que debió su carrera, que gastaran gorra ni sombrero los niños acogidos, ni que ejerciesen la medicina, profesión que había

llenado el corazón del fundador de inmensos sufrimientos y de terribles amarguras.

Ahora comprenderás--me añadía--*el por qué* de esas cláusulas de fundación, ante las cuales exclama siempre el vulgo: ¡qué rareza!





EL PADRE CADETE



I

CORRÍA el año de 1783. El sol encendía las ásperas crestas de la "Sierra de Francia," en una tarde sofocante de verano, cuando en la celda prioral del *Monasterio de Batuecas* penetraba, conducido por un lego hasta la puerta, un joven capitán de Guardias españolas.

El P. Prior, sentado al pié de la estrecha ventana de la celda, se levantó pausadamente, y dejando sobre la mesa un grueso volumen,

forrado en pergamino, señaló con la mano al recién llegado una silla de nogal, que ocupó el joven, tras un afectuoso saludo.

El carmelita introdujo ambas manos en las anchas mangas de su raído hábito, y dirigiendo una dulce mirada al capitán, le dijo:

—Los fundadores de esta santa casa, señor capitán, buscaron esta hoyada, perdida entre los riscos de los montes, para retiro de las almas prendadas del sacrificio: pero nuestros trabajos incesantes, bendecidos por Dios, transformaron en verjeles las peñas áridas, y la agreste naturaleza en jardín que recorren á toda hora muchos viajeros, á quienes es ley de la fundación el agasajar en lo posible. Decidme vuestros deseos y serán del todo satisfechos, y si queréis mirar detenidamente estos contornos y deleitaros ante los panoramas que se atalayan desde las cercanas cimas, todo lo podréis lograr, porque en el convento hay guías hábiles. Si amáis el saber, podréis gustar los tesoros de nuestra librería, rica en curiosos códices, en raros manuscritos y en hermosos trabajos caligráficos, y si os entretienen las faenas manuales, taller tiene el convento donde algunos mañosos hermanos trabajan el corcho que arrancan de los árboles del valle. Si os agradan las flores, jardines cercan esta casa de oración y frondosas arboledas sombrean las márgenes del río, en las cuales ni el sol penetra ni el calor se siente. Si os entretiene la pesca, cañas y redes se guardan en la hospedería y tencas bullen en los remansos, y si, como buen soldado, la caza

fuera vuestra diversión favorita, cabras monteses saltan por los picachos de estas montañas, corzas trasponen esas laderas, y no pocos jabalíes fijan sus madrigueras entre las bardas del monte.

—No me trae á este santo retiro un sentimiento de curiosidad, ni busco en él esparcimiento y recreo—contestó el capitán visiblemente turbado por una profunda emoción. Deseo abandonar la vida bulliciosa de mi primera juventud, y contemplo, como mi única esperanza, el cambiar este traje de soldado por el áspero sayal de Carmelita del Yermo.

El Prior abrió desmesuradamente sus hermosos ojos negros y los fijó en el capitán, asombrado por una inesperada revelación.

—¡Cómo! Vos, en la flor de la vida, cuando todo, al parecer, os sonríe, cuando aún un niño adornan vuestros hombros dos charreteras y luce vuestro pecho cruces que atestiguan el valor y el mérito, ¿intentáis emprender una vida de sacrificios y pensáis en arrojaros al fondo de estas breñas solitarias, renunciando á los encantos del mundo y á los halagos de la fortuna que, sin duda, os prepara en breve plazo alta posición é ilustre nombre? Reflexionad, hijo mio, y si una contrariedad ó un pesar os hirió en el alma, arrastrando vuestra imaginación á sombríos pensamientos, desechadlos con firme empeño y proseguid vuestra carrera, que en ella podéis también servir á Dios y de veras amarle.

El joven, tras unos instantes de silencio, durante los cuales parecía ocupado en sondear el

fondo mismo del alma, dijo humildemente al carmelita, conteniendo visiblemente un deseo que habían avivado y fortalecido, lejos de disiparlo, las discretas advertencias del religioso:

—No es un pasajero capricho ni una alucinación del momento lo que me ha movido á llegar á este apartado sitio: es una verdadera vocación, un impulso decidido de mi voluntad. Si algún interés os inspiro, si queréis hacerme un bien inestimable, abridme las puertas de esta santa casa y dejad que un cenobita más aumente el caudal de vuestros sacrificios y oraciones.

La campana del Monasterio de Batuecas vibró con un sonido agudo y penetrante, haciendo rechinar los vidrios de la ventana de la celda prioral, y el fraile, alzándose maquinalmente de su asiento y colocando con amor la mano en el hombro del capitán, le dijo con frase dulce y cariñosa:

—Es la hora del rezo. Pasad á la hospedería, donde os asistirán cumplidamente. Dormid tranquilo y como en vuestra propia casa. Mañana hablaremos largamente, Dios mediante, y yo mismo seré vuestro guía por estos contornos. Confiad en Dios y pedidle de veras, que si de veras y con amor le pedís, El os dirigirá con el acierto de la suprema sabiduría.

El joven quiso besar la mano del Prior; pero éste, deteniéndolo amorosamente, lo abrazó diciendo:

—Adios, hijo mio. Hasta mañana.

Y alzando su capucha y cruzando sus brazos sobre el pecho, dejó la celda y siguió con pau-

sado andar á lo largo de un estrecho pasillo, que conducía á la iglesia del monasterio.

Ya en la puerta de la hospedería el capitán de Guardias se detuvo. El viento, que movía suavemente las hojas plateadas de los álamos y las partidas de los plátanos, traía hasta la puerta del monasterio el rumor del río, el encantador gorjeo de los ruiseñores, el chirrido de los grillos y cigarras y el lúgubre eco de los buhos y lechuzas; los murciélagos, con entrecortados vuelos, agitaban sus sombrías alas alrededor de las cercas de la huerta y de las paredes de la iglesia, llegando en sus aturdiidos giros hasta los huecos de las ventanas, y las águilas, trazando en lo alto extensos círculos, posábanse sobre sus nidos, sujetos en los crestones de las cumbres.

El joven lanzó un hondo suspiro, miró al cielo, y despues de limpiar con el pañuelo sus ojos llorosos, subió por la estrecha escalera de la hospedería.

II

Al pié de la fuente del Abanico, copioso caudal de agua cristalina, que brotando entre dos peñascos de la estrecha vega de Batuecas, fecundizaba en su extenso y bullicioso curso la amena huerta del monasterio, prestando alegre verdor á los árboles y frescura á las lechugas y fréjoles, estaban sentados muy de mañana, en

un asiento de pizarra, el Padre Prior y el joven capitán de Guardias.

Un aire fresco oreaba la huerta y mecía sobre la majestuosa *Peña de Francia* dos penachos de blancas nubes, que el sol naciente orlaba con lujosas franjas de púrpura y oro, y un agradable ambiente se disfrutaba en el valle de Batuecas, que caldea el sol abrasador de Julio cuando se derrama al mediodía por las angostas gargantas de la sierra, rebrillando en los guijos de las pedrizas y chispeando en las hojuelas de los granitos.

—¿De modo—decía el Prior—que nacisteis en Vigo?

—Sí, en Vigo, el año 1763. Mi padre fué el general don Manuel Jacinto de Acebedo, y mi madre doña Josefa Pola y Navia, oriunda de las casas de Miraflores en el Principado de Asturias. Fué mi padrino de bautismo el padre Isla, grande amigo de mi padre, y yo entré á los quince años de cadete en Guardias españolas, donde ya era capitán mi hermano Vicente.

—Y vamos, hijo mío, hoy que ya el reposo ha podido haceros meditar sobre vuestra resolución, ¿insistís en ella?

—Sí, Padre Prior. Hoy me siento igualmente inclinado, y, si cabe, más que ayer, á abrazar vuestra estrecha vida de gustosos sacrificios.

—¡Gustosos!—repitió el fraile.—Sí, ciertamente; pero ¡ay! para eso, capitán, es preciso que arda una viva fé en el corazón y que sonría siempre el pensamiento con celestiales esperan-

zas. Sólo así se ama la muerte y se huye de la flaqueza y de la vanidad.

El joven guardó silencio. Parecía abismado en medir la extensión y el alcance de las palabras del anciano carmelita, alma robusta y templada al embate de las tentaciones y al rigor de la penitencia.

—Pero, ¿qué causas—prosiguió el Prior—han podido arrastraros á esa determinación, joven de brillante porvenir, de ilustre familia y tan alejado por vuestro género de vida de la nuestra, oscura y despojada de toda vanidad? ¿Habeis sufrido algún pesar, alguna contrariedad de esas que agitan fuertemente el alma? Hablad con entera confianza, que nada más grato para mí que poder auxiliáros en esa crisis de vuestro espíritu, que asoma á los ojos y que envuelve vuestras palabras. Figuráos que estáis solo y que contáis en alta voz á vuestra propia conciencia cuanto habeis sentido. Recordad ideas y emociones, coordinad recuerdos y decidme cómo nació en vos un deseo tan extraño á vuestras costumbres. ¡Ah! ¡qué feliz fuera este pobre religioso, si lograra veros un día trasponer esos cerros, lleno otra vez el corazón de esperanzas y de ilusiones, y el pecho de fortaleza y de brío para proseguir la carrera en que habeis alcanzado honra y nombre!

El capitán, paseando una mirada incierta por los tablares de la huerta y por los remansos de las regueras, ceñidos de espuma y orlados de flores, la clavó al fin en el suelo arenoso de la ancha calle que desembocaba en la Fuente

del Abanico, diciendo con palabra vacilante:

--Realmente que un suceso tristísimo é inesperado fué el germen, sin duda, de mi vocación y el que determinó mi voluntad á llegar á este Monasterio, despues de tres largos años de luchas interiores. Mi buen padre, después de la campaña de Italia, recogió una niña de un compañero suyo, muerto desgraciadamente en la toma de Velletri. Ana, así se llamaba, vivió en mi casa considerada y mimada por mi padre, como hija propia. Tenía casi la misma edad que mi hermana Concepción; pero era aún más esbelta y agraciada, aunque de análoga bondad y recogimiento. Yo amaba á Ana tiernamente, y en aquella alma pura y sencilla había cimentado mi imaginación un mundo de hermosísimas ilusiones. Mas ¡ay! un día el cielo quiso ahogar mi vida en un mar de amargura. Ana enfermó gravemente, cuando ya mi edad y mi posición me permitían hacerla mi esposa, y murió en pocas horas. Aquel tristísimo suceso desplomó mi existencia en una sima de dolor y sumió mi alma en una postración invencible. Mi genio, franco y alegre, se trocó en reservado y sombrío. Unicamente en la soledad vivía menos apenado, porque en ella evocaba sin estorbo hermosos recuerdos y lloraba con libertad. Una noche, cansado de sufrir, ví dibujarse ante mi vista una idea: la del suicidio, que el infierno me pintaba con las tintas de un seductor remedio. Fascinado y loco por aquella infernal tentación y ya en mis manos el arma que iba á precipitarme en el más cobarde de los crímenes, fijé mis ojos en

un crucifijo colocado sobre la mesa de mi alcoba, que mi madre me había dado, y cuyos enclavados piés había cubierto tantas veces de besos y de flores en los venturosos días de mi infancia. La frente ensangrentada del Mártir parecía latir con un soplo de vida, al través de las negras espinas que la envolvían; sus labios cárdenos parecían entreabrirse, y en sus apagados ojos miraba fugaces chispas de luz vivísima. Caí de rodillas y oré y lloré largo rato. Había contado al crucifijo de mi madre mis penas y le había pedido con fervor. Jesús me había escuchado. En la noche de mi alma había amanecido. ¡Oh sí! los resplandores de un amor infinito habían secado mis lágrimas y habían trocado mis recuerdos en notas de una dulcísima escala que se perdía en el cielo. Mi pensamiento había dejado de vagar por la inmensa soledad de la desesperación, frío campo sin flores, sin aves, sin contrastes y sin ecos. Desde aquel día, en la oración hallaba soberanos consuelos, y en ella huíanse las horas tan brevemente, que me parecían instantes. Mi alma muerta amaba nuevamente, y, purificada por Dios, alentaba y revivía al soplo de la esperanza.

Y el capitán calló después de este relato y limpió su frente bañada en sudor. Sus recuerdos le habían fatigado como una marcha al través de las malezas y guijarrales de la sierra.

El Prior, que le había escuchado en silencio y como adormecido, alzó la vista, y mirando fijamente al capitán, exclamó:

— Así levanta casi siempre al hombre la Pro-

videncia y le sostiene y ayuda, cuando la llama al borde del abismo; y el esplendor de Dios es tan hermoso, que, una vez percibido, la vista no se alegra con las hermosuras del mundo ni con las míseras ilusiones de la tierra.

III

Cuando en 1856 visitábamos el abandonado y derruido convento del desierto de Batuecas, el guarda de aquel solitario valle nos enseñaba el estrecho hueco del árbol donde vivió un austero carmelita y la dura piedra donde apoyaba durante el sueño su fatigada cabeza.

En la iglesia del Monasterio una estrecha tarima mostraba dos anchos huecos en la dura tabla, abiertos en ella por la constante presión de las rodillas de aquel ermitaño sin igual, y en una losa del pavimento del templo, ya abandonado y desnudo de imágenes, se leía la siguiente inscripción:

AQUÍ YACE FR. FRANCISCO DE BORJA ACEBEDO.

—¡Un santo!—añadía el guarda con palabra convencida—muerto á los setenta y cinco años de edad y más de cincuenta y tres de penitencia, á quien denominaban en estos pueblos el Padre Cadete. Había sido militar; pero no sé que desgraciados sucesos le movieron á tomar el hábito.

—¿Y decís que era santo?

—Santo, sí. Muchas tardes, de las grietas y

junturas de esa piedra que cierra su sepulcro, se levanta una aroma mil veces más fragante que el de las rosas y jazmines, que se esparce por las naves de la iglesia. Cuando se aspira, el corazón recobra más juventud y más vida, y se cree, se ama, se reza y se llora.





LA FUENTE DE ROLDÁN



ERA una tarde sofocante del mes de Julio, y el sol brillaba en el cielo con vivísimo resplandor, encendiendo campos y montes.

Es insufrible, Miguel—dije yo al mozo que me acompañaba por el camino de Carrascalejos á Tamames, estrecho sendero abierto entre tomillos, carquesas y chaguarzos.—Llevo además mucha sed.

—Y yó—contestó el charro, que, torrado en su cinto de cuero y oculto bajo el ancho sombrero y la larga capa de paño pardo, parecía insensible á aquella altísima temperatura.—Señorito—añadió—lo que quita el frío quita el

calor. Si tuviera V. una capa como ésta, estoy seguro que no llevaría tanta sofocación; pero está cerca la sombra y la fuente. ¿No vé V. aquella laderita vestida de carrascos, y aquella peña? Pues debajo de ella nace una fuente.

No hay agua mejor en todo este contorno; sólo que es muy mala para los pobres, porque abre mucho el apetito, y los años, como vé, son malos, y las cosechas de remate, y las contribuciones subidas.

—¡Siempre llorando!

—¡Ah señorito! Lloramos, porque padecemos. Es una vida arrastrada y *mísere*, la vida del labrador de esta tierra.

Y así, quejándose Miguel de contratiempos y escaseces, y yo contestando con monosílabos á sus preguntas, á veces llenas de reflexión y no desprovistas de malicia, llegamos al pie de una alta peña, colocada á la entrada de un ameno valle.

Una caudalosa y cristalina fuente manaba de un hoyo, y despues de arremansarse más abajo, corría por el prado, entre un lecho de menudas, blancas y redondeadas guijas.

Atamos nuestras cabalgaduras á los carrascos y á la sombra, y nosotros buscamos al pié de la fuente asientos naturales y cómodos.

Yo estaba sofocado; pero Miguel, despues de desprenderse de su capa, parecía haber arrojado de sí todo el rigor de la canícula.

—¿Y cómo se llama esta fuente?—pregunté al bueno de Miguel,—que se entretenía en meter un palo de fresno en la arena del remanso.

—La fuente de Roldán. ¡Oh! es una historia que oí á mi padre muchas veces.

—¿Qué historia?—reliqué yo.

—La historia de esta fuente.

—Pues á ver: cuéntemela usted.

Y el charro, despues de quitarse el sombrero, de escupir y de rascarse el cerquillo de pelo que caía sobre su frente, dijo, poco más ó menos, lo siguiente:

—Bernardo del Carpio, valiente capitán de las tropas castellanas, cuentan que en ese descampado de Carrascalejos esperó á los franceses, al mando del famosísimo Roldán, hace ya muchos, muchos años. La batalla fué ruda, terrible, y las tropas de Roldán, acuchilladas y sofocadas, huyeron á la desbandada por esos campos.

Tanta fué la matanza, que los arroyos corrieron encarnados durante largos días.

Roldán, ya lo sabrá V., estaba encantado y no podía ser herido sino en el pié, qué llevaba muy resguardado.

Al escapar sus parciales, fué cercado, y mil golpes cayeron sobre su cabeza y sobre su ancho pecho.

El guerrero encabritó su caballo, saltó por encima de sus enemigos y salió á escape por estos campos. Al llegar á este sitio, abrasado por el ardor de la pelea y la precipitación de la fuga, caballo y caballero se sintieron rendidos.

—¡Agua, agua!—gritó Roldán, con mucha más angustia que nosotros, no hace muchos momentos,—ó soy perdido; pues mis enemigos

me darán alcance si interrumpo mi precipitada carrera

Y ¡zás! dicho y hecho: aquel hombre extraordinario hincó su lanza al pié de esta peña, saltaron hierbas y peñas y manó esta fuente.

Al mirarla, el sediento caballo de Roldán se arrodilló sobre la roca y bebió con ansia.

El guerrero hizo lo propio, y caballero y cabalgadura recobraron la fuerza y el vigor para proseguir su acelerada marcha.

—¿Véis—añadió Miguel—los dos agujeros de esa piedra? Pues son las huellas de las rodillas del caballo de Roldán.

Y, en efecto, en la peña donde yo estaba sentado se veían dos rebajos circulares bastante anchos, que delataban en el célebre caballo un desarrollo verdaderamente fenomenal.

Y Miguel calló después de este relato, cogió nuestros caballos, y volvimos, después de beber, á proseguir nuestra marcha, entrando á pocos minutos en la villa de Tamames, habiendo, por mi parte, recogido una tradición de las muchas que nuestro pueblo, en su simpática credulidad, perpetúa, y con su sencillez infantil relata en las largas veladas del invierno, al amor de los soterrados hogares de las aldeas.





LA MARQUESA DE ALMARZA



I

Los pobres de Salamanca, arremolinados en la calle de los Pañeros, hablaban y comentaban con ayes y suspiros un doloroso suceso, al principio de una apacible mañana de primavera.

Los comerciantes salían á las puertas de sus tiendas, entreabiertas en señal de duelo, y compartían con las gentes de la calle el público sentimiento.

—¡Qué desgracia! ¡Pobrecita! ¡Era muy bue-

na!—Hé ahí las palabras que, entre sollozos y lágrimas, corrían de boca en boca.

¿Qué pasaba?

Una dama ilustre, la madre de los pobres, la protectora asidua é incansable de los desventurados acababa de fallecer. La noble y bondadosa Marquesa de Almarza, tras súbito desmayo, al levantarse de su lecho, había sumido en el dolor más intenso á su familia, y había inundado de lágrimas los ojos de los desventurados á quienes llevaba socorros y consuelos diarios.

II

A la puerta del suntuoso palacio de Almarza, cerrada completamente, se apiñaba á las tres de la tarde una multitud, ansiosa por contemplar el cadáver de la Marquesa.

Era aquello un mar de gente, que á cada momento se agrandaba y movía, á impulsos de la curiosidad y de la impaciencia, hasta chocar con la gruesa puerta ferrada, que hacía rechinar sus grandes goznes.

Cuando era mayor la ansiedad y más intensas las oleadas de aquel grupo inmenso de personas de todos sexos y edades, á quienes congregaba un mismo sentimiento, un criado del palacio echó sobre los grupos, con voz temblorosa y apagada, este aviso: "El cadáver de la señora Marquesa no sale á la calle, y pasará á

la Capilla, hoy á las cinco, por la bóveda subterránea.”

La noticia se difundió como chispa eléctrica de fila en fila, y aquella multitud conmovida y llorosa fué desvaneciéndose poco á poco por las calles próximas, como densa niebla herida por los rayos del sol naciente.

Media hora más tarde, la plazuela de San Boal estaba silenciosa.

Sólo á intervalos se escuchaba el grave sonido de la campana del templo, que anunciaba á los cristianos que un alma más había traspuesto los míseros linderos de la vida.

III

Eran ya las nueve de la noche y el cadáver de la simpática dama reposaba en hermosa caja de nogal, forrada de terciopelo negro, en lo alto de un túmulo levantado en el centro del templo.

La luz de los cirios prestaba color y vida al macilento rostro de la Marquesa, que parecía reposar en tranquilo sueño.

Tenía sus hermosas y blancas manos juntas sobre el pecho, y en uno de los dedos, las luces delataban un colosal brillante sujeto á un grueso aro de finísimo oro.

Cuatro criados de la casa guardaban el cadáver, y el sacristán, entrando y saliendo en la sacristía, echaba de continuo un vistazo á

los gruesos cirios, cortando y limpiando los pábilos

El sueño rindió á los guardianes al venir la mañana, y envueltos en sus capas se acurrucaron en los confesonarios.

El sacristán no paraba un punto: abría arcas, revolvía objetos sagrados y sacaba ropas para la ceremonia del día siguiente.

De pronto se detuvo en el centro de la iglesia y miró fijamente á lo alto del catafalco: recorrió los confesonarios, paróse en cada uno un momento, y sacudiendo con aire de convicción la cabeza, exclamó: ¡qué bien duermen!

Otra vez se detuvo en el centro de la iglesia y de nuevo volvió á mirar el cadáver de la Marquesa de Almarza.

En el grueso brillante saltaban y jugueteaban las luces de los cirios en hermosos y vivísimos cambiantes.

El rostro del sacristán se encendió de pronto: había concebido un pensamiento de profunda avaricia.

Cogió una escalera de mano, volvió á cerciorarse del sueño de los guardianes y se encaramó, pausada y sigilosamente, hasta lo alto del catafalco.

Extendió su mano temblorosa hacia la mano de la dama; pero la retiró de pronto: le pareció percibir un leve y apagado suspiro, que se había escapado de los sonrosados é inmóviles labios de aquella hermosa mujer.

¡Valor! dijo el sacristán, y tratando de infundir á su alma un arrojito de que carecía, aprisio-

nó entre sus dedos la hermosa joya y tiró con fuerza, porque el dedo se había hinchado y el aró precisaba para salir alguna violencia.

Un grito resonó en el templo y vibró en la ancha bóveda de la nave como un silbido agudo y penetrante.

El sacristán soltó la mano del cadáver y cayó desplomado desde lo alto del catafalco. Los guardianes salieron presurosos y despavoridos de los confesonarios.

Un ancho charco de sangre rodeaba el cuerpo exánime del sacristán, y la Marquesa de Almarza se había incorporado en su caja mortuoria y miraba con espantados ojos las paredes del templo y los cirios que la rodeaban.

Los criados del palacio de Almarza huyeron de la iglesia llenos de terror gritando: ¡milagro! ¡milagro! ¡la señora ha resucitado!

IV

La Marquesa de Almarza nunca supo el grave suceso á que debió la vida ni conoció el hecho reprehensible que la devolvió al cariño de su esposo y al respeto y al amor de los pobres de Salamanca; pero el marquesado de Almarza instituí una pensión á favor del avaro sacristán de San Boal, que purgó con una existencia virtuosa y penitente la falta que había salvado, acaso de ser enterrada viva, á la bondadosa y querida dama salmantina.



FRAY JUÁN DE SAHAGÚN



I

Las campanas de la iglesia de San Blás hacían llegar sus timbradores sonos á todos los ángulos de Salamanca, y á las seis de la tarde el templo estaba de bote en bote.

Ahora hubiera dicho *un revistero* que *todo Salamanca* estaba allí; pero entonces aún no existía semejante oficio. Era una época demasiado ruda y viril para alimentar con su savia tamaños atildamientos de refinada adulación.

Las damas más principales se apiñaban de rodillas cerca del presbiterio; las mujeres del pueblo llenaban los espacios de las bóvedas laterales y el fondo; los niños subíanse en los ban-

cos ó alzábanse inquietos en los basamentos de las columnas, y los caballeros y hombres del pueblo se agrupaban en apretado remolino á la puerta del templo.

El Santo Juan de Sahagún iba á dirigir su palabra á los fieles desde la sagrada cátedra. El pacificador de la ciudad, el amigo de los pobres, el que había pasmado con sus milagros á Salamanca y el que edificaba con su vida; el humilde agustino, que ponía toda su diligencia y cuidado en desvanecer su devoción y su virtud, hablaba aquella tarde.

La impaciencia lefase en todos los semblantes y bullía en la multitud.

—¡Ya sale!—dijo en voz baja un caballero, reclinado en una de las columnas de la nave principal, que parecía ya desasosegado é inquieto con la tardanza; y en efecto, á pocos instantes Fr. Juan, con mirada dulce y persuasiva y con actitud mesurada y llena de fervor, comenzaba su discurso y retrataba bellamente los peligros de la vanidad y del lujo y los males de la mancebía, vicio terrible, ruina y desorganización de las casas.

--¿Cómo dormís tranquilos—decía á los amancebados—en medio de los remordimientos causados por vuestros apetitos?

¿Por qué no os aterráis al contemplar y medir que por un momento de placer, lleno de sobresalto, arrojáis al mundo seres condenados á vivir á la sombra, cual árbol maldito; seres á quienes no podéis besar más que recelando de que os vean?

¿Cómo no dejáis los criminales halagos y verdaderas ternezas ante la perspectiva cierta de que el día en que la inocencia desabrigue la virtud maldigan vuestro nombre criaturas desventuradas, condenadas á no llevar ninguno?

¿Cómo dejaréis de ser enfermos, aún gozando de salud, teniendo en vuestra propia vida mal de muerte?

El auditorio estaba verdaderamente suspenso de los labios del fraile, de donde manaban los consejos más sabios, las verdades más profundas y el relato fiel de las culpables inquietudes, los torpes pasos y las melancólicas desventuras de los amancebados.

Algunos oyentes vertían lágrimas y se ahogaban en gemidos, ó con suspiros tristes daban rienda suelta á la aflicción y á la congoja.

No se oía en la iglesia otra cosa sino sollozos en todas las personas y estados.

El sermón terminó, y las gentes que llenaban la iglesia, esparciéndose por la ciudad, contaban á poco á los que no habían estado en San Blás el mágico efecto de la palabra del insigne agustino y la edificación del auditorio al oírle, la elocuencia y la verdad de la plática sagrada.

Y muchos repetían al escuchar tan justos encomios: ¡Es un santo! ¡Es un bendito! ¡Está inspirado!

Pues aunque algunos murmuraban, no alcanzando á las veces en su bajeza de ideas el celo é intención del santo patrono de Salamanca, los más daban á entender, con semejantes ó parecidas exclamaciones, el respeto y la

autoridad en que tenían al hombre á cuyo ruego acabáronse negocios de venganza que se negaron á los hijos y á los padres.

II

Don Iñigo era uno de los jóvenes más apuestos de Salamanca. Su cuantiosa fortuna, su gallarda figura y finos modales, su arrojo y su generosidad le hacían el rey de la *crème*, como dicen ahora los apasionados del *sport*.

No era perverso; pero la vanidad, gusano roedor de los poderosos, había despeñado su alma en los apetitos y concupiscencias.

El sermón de San Blás, que había escuchado con profunda atención, fué para aquel joven extraviado, mas no perdido, un aviso y un escarmiento en la senda de su perdición y flaqueza.

III

El sol trasponía los tesos del Montalbo, dorando los calados y molduras de la torre del Gallo, cuando don Iñigo entraba en su palacio.

Dió orden á sus criados para que nadie le

molestase, y se sentó en uno de los ángulos de la sala, sumiéndose en profunda reflexión.

Las palabras del fraile aún sonaban en sus oídos, y aún su corazón se agitaba ante los dolores renovados de su funesta mancebía.

«Sí—dijo,—es preciso cortarlo todo;—y se alzó de pronto, tomó pluma y papel, y escribió de corrido y como quien copia ideas con las que está íntimamente familiarizado:

«Isabel: mi vida es un horrible suplicio hace ya largo tiempo.

„Yo pedía á Dios valor y fuerza, y nada lograba. Era tan grande la inercia de mi pasión, y tal el poder del hábito, que sólo un impulso sobrehumano era capaz de arrastrarme; pero hoy sentí en mi corazón un dichoso trabajo renovador, y en mi voluntad una próspera y fuerte decisión.

„Fr. Juan me salvó. Su sermón ha sido la voz de la Providencia.

„Volvamos al buén camino.

„Pidamos perdón y depongamos nuestra culpa, codiciosos de tranquilidad, y que el arrepentimiento sane las hondas heridas abiertas por nuestra ligereza.

„Adiós para siempre.—*Íñigo.*„

Y el joven llamó á un criado, puso en sus manos la carta, le dió en voz baja instrucciones para entregarla, y volvió á caer en su asiento, como deseoso de engolfarse de nuevo en sus meditaciones y pensamientos.

IV

Al siguiente día la carta llegaba á su destino y la dama que la recibía la hacía pedazos, jurando eterna venganza.

Su rostro, pálido y desencajado, su mirada incierta, su pensamiento aturdidó, daban á sus palabras un timbre temeroso y terrible.

¡Ni una lágrima á sus ojos, ni una ráfaga de lo alto á sus pupilas, contraídas por el despecho y brillantes y fijas por la emoción intensísima!

—¡Qué burla!—exclamaba.—Por cuatro palabras de un fraile loco, arrojar al desprecio mis sacrificios, al lodo del desdén mis tormentos, al olvido mis ternuras. Esto es cruel, y pide venganza; ¡la habrá!

Y la dama, reprimiendo sus sentimientos, salió á la calle y se encaminó hacia la Catedral, fija en una idea, y sonriente ante el éxito de sus esperanzas.

V

Acababan de dar las nueve, y los canónigos iban entrando á coro, cuando la dama llegaba á la puerta del palacio episcopal.

Frente á la de la Catedral había por aquel tiempo una casita de un piso, de modestísimo

aspecto, última de la plazuela y primera de la pendiente vía que desemboca en la Puerta del Río.

La dama paróse á aquella puerta y dió dos golpes fuertes con el grueso aldabón de hierro.

A poco el picaporte se alzaba y una criada introducía á la señora en un estrecho aposento atestado de libros, esparcidos en desorden por el suelo y sobre las sillas.

En un pequeño escritorio de pino, un hombre pequeño, enjuto de carnes y pálido de rostro, escribía rápidamente.

Alzó los ojos, en cuya viveza resplandecía graciosa y muy apacible lumbre, y yendo al encuentro de la dama, exclamó:

—¡La Sra. Marquesa! ¿Qué pasa? ¿Hay alguna novedad? ¿Cómo tan temprano por mi casa? ¿Por qué no me habéis mandado un recadito?

—No hay nada, doctor; tranquilizaos.

—¿Cuánto me alegro! Me habíais asustado.

Y la señora tomaba asiento, y el médico, porque aquel hombre era un afamado médico, recobraba de nuevo la tranquilidad perdida, ante las seguridades de la dama de que no acontecía nada extraordinario ni grave.

—Ya sabéis—dijo la señora—que he contribuido á vuestra fama y que he amparado á toda vuestra familia.

—Lo sé, señora, y mi reconocimiento no tiene límites. Mandad y seréis servida. Os debo la vida y la vida de mis hijos. Mandad, os repito: todo lo que puedo y todo lo que valgo es vuestro.

—No me acuerdo, en verdad, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer.

—Así lo manda mi hidalguía y vuestra generosidad.

—Pues bién: ahora es la ocasión de servirme. Escuchad. Yo necesito vengarme; es preciso sacrificar á un hombre que ha destrozado mi corazón; á un infame que apartó de mí el único sér á quien he amado.

—¡Silencio, por Dios!

Señora, os he dicho que soy vuestro servidor, y ahora os añado que por nada del mundo haré revelación de vuestros sentimientos. ¿Qué deseáis?

—¡Ah! si yo pudiera inocular en vuestra alma esta ira que me enajena; si yo lograra cortar con el deseo el cuello de ese traidor hipócritón; si yo fuera como vos médico, y médico de ese convento donde estudia sus místicas cantinelas ese malvado fraile.

—Pero ¿de qué fraile habláis? ¿A quién queréis dar muerte?

—A fray Juan.

—¡Gran Dios! ¿á fray Juan? ¿Y qué os hizo ese santo varón? ¿En qué os ofendió ese espejo de virtudes, ese prodigio de santidad, y de doctrina, y de sabiduría de Dios, como le llama don Gonzalo de Vivero, nuestro celoso prelado?

—Ha alejado de mí con las garrullerías de sus predicaciones y escrúpulos al hombre á quien amaba. ¿Os parece poco? Es un infame.

—Por Dios, serenáos. No soñéis con ideas terribles é irrealizables.

—¡Irrealizables! Está bien. Vuestro asentimiento á mis planes ó vuestra ruina.

—Contemplad, señora, el abismo á que queréis arrojaros. Medid el valor y la justicia de vuestras palabras.

—¡Sois un pusilánime!

Y la dama salió de casa del doctor precipitadamente.

El pobre médico, habituado á los delirios de la fiebre y al trato de los enfermos, supo ahogar las ofensas que en rápido vértigo de venganza y de despecho había arrojado sobre él aquella mujer desventurada, y testigo de mil dramas de familia, en largos años de profesión, después de breves momentos de pasmo, volvió á proseguir sus apuntes y observaciones en las clínicas del hospital de San Cosme y San Damián, diciendo con esa filosofía que dá la experiencia:—¡Pobre humanidad! ¡Cuánta debilidad y cuánta miseria!

VI

Quince días habían transcurrido desde la entrevista de la Marquesa con el célebre médico salmantino, cuando una noche, con una carta de la dama, un caballero desconocido reclamaba su asistencia y consejo en una grave enfermedad de un individuo de su familia.

El sacerdote de la ciencia no vaciló un mo-

mento. Las ofensas de aquella mujer, exaltada por la pasión, no habían sido parte para llevar á su ánimo sereno ningún ruín sentimiento, y los favores que debía á aquella familia eran grandes para desaparecer del todo su recuerdo en un alma noble y templada al calor de los sentimientos cristianos.

Siguió al caballero que pedía sus auxilios, y en la calle del Silencio se les acercó otro, que manifestó se había agravado el paciente. A poco rato los tres entraban en una habitación espaciosa y amueblada con gusto.

—Sentáos un momento, doctor, que ahora pasaréis á la alcoba del enfermo, dijo uno de los acompañantes, que á poco volvía á la estancia, cerrando tras él la puerta y guardando la llave en el bolsillo.

El médico conoció, desde luego, que algún grave suceso iba á desenvolverse en aquel instante. Y, efectivamente, los dos infames pusieron sobre la mesa unas cartas, en las cuales el médico salmantino, obligado á pasar á Córdoba, llamado por los Reyes Católicos, confiaba sus pacientes al cuidado de un tal López, distinguido médico y persona de toda su confianza.

—Firmad, doctor, esas cartas, ó de lo contrario renunciad á salir vivo de esta casa. Habéis caído en la trampa; fuerza es que os conforméis. Lo que no quisísteis hacer de grado, lo vais á hacer á la fuerza. En esa carta al Prior de los Agustinos, que es la que más interesa, debeis añadir de vuestro puño y letra que tengan en mi saber y pericia una ciega confianza.

Así como así—añadió—y como la medicina es palo de ciego, es fácil que cure radicalmente de la gástrica al fiero hipocritón de Fr. Juán, mejor que con vuestras recetas.

Un sudor frío bañó el rostro del médico, y sus ojos se nublaron ante aquel abismo que la venganza abría á sus pies. Pensó en sus hijos, en su desventurada esposa, en el porvenir de una familia numerosa,alzada de la miseria al esfuerzo de sus estudios y desvelos, y con lágrimas en los ojos y dolor inmenso en el corazón, firmó aquella sentencia de muerte para el santo pacificador de la ciudad.

—Ahora—exclamó el supuesto médico—este caballero os acompañará hasta Córdoba. Los caballos están preparados y los criados dispuestos.

¡Mucho ojo!—repitió mirando fijamente y con crueldad al otro supuesto caballero.

Regresaréis á la ciudad—añadió dirigiéndose al doctor,—cuando se os avise y convenga. Nada os faltará.

A pocos días Fr. Juán tomaba una infusión preparada, al decir del supuesto médico, con inocentes hierbas aromáticas, y el agustino iba secando como planta abrasada por el sol canicular.

Voló al cielo el fraile, entre el lloro de sus hermanos y el dolor y las oraciones del pueblo, y médicos de la ciudad hubo que indicaron la oculta causa del fallecimiento, que quedó en boca del pueblo, historiador independiente y perspicaz.

El distinguido médico del convento pudo desvanecer, de regreso á Salamanca, las cavilaciones del prior y los dictámenes de sus compañeros, gracias á su autoridad y reputación; pero su vida fué un constante sufrimiento desde entonces, y su salud fué minándose también al empuje de un intenso dolor moral.

La debilidad y la venganza mancharon con esta negra página la historia de la ciudad insigne en el agitado siglo xv, siglo de crímenes y de combates sin tregua.

El que acalló la inmoralidad y la venganza, moría víctima de los mismos vicios á quienes logró reprimir con la virtud y el ejemplo, en el solar ennoblecido con su vida y asistido de sus milagros.





UNA ANGUILA Y UN SEMINARIO



DEL año 1630 al 1650 vivía en la calle de las Mazas, un zapatero remendón, que era el soláz del barrio por su desenfado, su despreocupación y su alegría constante.

Su boca siempre abierta para decir gracias, chascarrillos y coplas, y sus manos en constante movimiento para respuntar los zapatos, ó clavar tapas y tacones, ó sacudir contra el guijarro la dura suela.

El tío Blás trabajaba de sol á sol y velaba las más de las noches; pero los lunes ¡ay! los lunes cerraba á cal y canto el portal, y agarrando la guitarra y la cesta donde su buena mujer, la tía Geroma, había colocado la víspera comi-

da y bebida en abundancia, salíase para la Aldehuela, el Prado Rico, el Soto Muñiz, ó la Huerta de Otea para no regresar á su casa hasta bién entrada la noche.

La pobre mujer de Blás traíale casi siempre del brazo, y á duras penas lo empujaba hasta la cama; tal era el estado lastimoso en que ponían al zapatero las más de las veces aquellos festines semanales, rociados con el alcohólico vino toresano ó el clarete de Cepeda.

Seguían á Blás en sus expediciones las mozelas del barrio, pues era de rúbrica que tras la merienda se armara baile y animada zambra, que sólo deshacía el sol al trasponer los calvos tesos del Montalbo.

Blás á veces en su entusiasmo erguíase con la vihuela, y cuando era mayor el ruido, el desentono y la gresca, bailaba también como una peonza, sin abandonar el instrumento, que rasgaba sin cesar á través de violentas vueltas, alocados brincos y grotescas contorsiones.

Parecía como que el mosto fermentaba de nuevo al llegar á la templada cuba del vientre del zapatero Blás.

Pasado el lunes con su noche, el cofrade de San Crispín recobraba su amor al trabajo, su asiduidad y constancia en el oficio, que no perdía hasta la siguiente semana.

Aunque remendón el tío Blás, no dejaba de tener utilidades. Sus manos eran máquinas para zurcir y remendar, para clavetear en toda forma y poner contrafuertes y seguras tapas, y para disculpar con piezas las bocas que el uso abría

de continuo en los zapatos, borceguíes y chinelas de sus parroquianos; pero con sus festines de los lunes, el tío Blás vivía al día, sin ahorros y sin fondos para hacer frente á una enfermedad ó á una contrariedad desgraciada.

Él lo decía gráficamente muchas veces entre zumbón y melancólico:

Tacón cosido, tacón comido.

Su mujer le reprendía de continuo su falta de previsión y le excitaba á dejar las expediciones al campo y las comilonas; pero Blás era impenitente. Al llegar el lunes, arrojaba á un lado tirapié y lesnas, piedra, cabos y cerote, y volviendo con amor los ojos hácia la cesta y la guitarra, salíase por las afueras cantando coplas y dando más saltos que una cabra. ¡Qué le hemos de hacer! decía algunas veces la tía Geroma á las vecinas, sus amigas, ¡es el vicio de mi Blás! Él trabaja, me quiere; pero es tan antojadizo para comer los lunes, que lo mejor del Corrillo ha de ser para él.

Muchas mañanas el remendón, reconociendo su pecado, solía cantar al son del martillo con que estrujaba la suela:

Es un tormento, y no chico,
Haber nacido uno pobre
Teniendo boca de rico.

Llegó, al fin, el Lunes de Aguas, y Blás quiso festejar ese lunes máximo del año en Salaman-

ca con una merienda que aventajase en mérito á las demás; de modo que muy de mañana se fué al Corrillo y pasó revista á todo lo que allí había.

Desde luego llamó su atención una hermosa anguila, por la que pedían la friolera de sesenta reales; contemplábanla juntamente con el remendón el señor Carbajal y Vargas, Regidor perpétuo del Ayuntamiento y otro acaudalado caballero de Salamanca; mas ninguno de ellos se atrevía á cerrar trato, ante el precio algún tanto subido de aquel pescado.

Colocada la anguila en un gran capacho, aún azotaba las mimbres con su cola, y aún abría afanosamente la boca, ansiosa del frescor perdido de las aguas. Su dorso verdoso hacía cambiantes hermosos, herido por el sol, y al tratar de revolverse perezosamente en el cesto, su nevado vientre producía en los ojos de Blás extraña impresión y vivo anhelo.

¡Qué seducción era para él la idea de ver aquella preciosa pieza enroscada en la cazuela, entre el gustoso mojo verdoso aderezado por las hábiles manos de la tía Geroma! ¡Qué movimiento de pánico no iba á causar entre el corro de artesanos que cerca de él merendasen en el Prado Rico ó en la Alamedilla la tarde bulliciosa y alegre del tradicional Lunes de Aguas!

El zapatero hizo un súbito movimiento como de decisión firme, sacó de pronto los sesenta reales del bolsillo, los entregó al pescantín, y agarró entre sus manos, ennegrecidas por el betún, la hermosa anguila. Los caballeros mirá-

ronse sobrecogidos y confusos ante aquella inesperada compra.

—¿Pero cómo os atreveis, exclamó Carbajal, á hacer ese despilfarro? ¿Y si os dá mañana una enfermedad?

—¡Ah!, replicó el remendón, para esos casos señor don Antonio, está el Santo Hospital.

El doctor Carbajal calló ante la respuesta del cofrade de San Crispín, mas no la echó en saco roto.

Célibe y sin familia, había hecho testamento, hacía largos años, dejando todos sus bienes al Hospital.

Lo revocó aquel mismo día, fundando el Seminario que llevó despues su nombre, prohibiendo en los estatutos la entrada á los hijos de zapatero.

Carbajal llevó, sin duda, demasiado lejos la consecuencia de la compra de la anguila, y generalizó á todo un gremio las singulares cualidades del tío Blas; pero ¡cuántos *huérfanos* desvalidos, de zapateros sóbrios y prudentes, habrán purgado las locuras, y los arrojos é imprudencias del alegre remendón de la calle de las Mazas!

Así es en la mayor parte de los hombres la experiencia: un caso práctico que generalizan sin reparo.

Así es en la mayoría de las clases pobres la vida: gozar un día, sin reparar ni medir las consecuencias de la imprevisión y del desorden.



LA CUEVA DE LA QUILAMA



Ex la sierra de la Quilama, derivación de la de Valero, hay una cima peñascosa y llena de maleza, donde se abre la boca de una profunda cueva

Las piedras arrojadas retumban largo rato en las paredes de aquel sombrío agujero, lleno de ecos y medrosas resonancias.

En aquellas ásperas laderas, donde saltan las cabras y anidan los quebrantahuesos, que dan agudos chillidos al replegar sus picudas y largas alas para posarse en las pestañas de las rocas, se dividen las aguas de mil arroyos, que se unen y juntan en los valles y sierras cercanas, marchando los del S. E. al Tajo y los del S. O. al Duero.

Los pastores que siguen á las cabras por aquellos vericuetos y rompientes, en muchos puntos calvas, cuentan mil historias, asegurando que la Cueva de la Quilama es una mansión infernal, un antro de seres malignos, cuyas carcajadas y risas estridentes y horribles llegan, en algunas oscuras noches de invierno, hasta las bardas de sus chozos del valle.

No hay quien pueda persuadir á los serranos de que los siniestros resplandores, que á veces clarean las crestas en las noches tormentosas, son efectos naturales; ellos se empeñan en afirmar que perciben, á través de las nieblas y brumas de las cimas, el correr de mil monstruos, negros como la pez, que desprenden de sus ojos incandescentes fulguraciones vivas, relámpagos medrosos y ráfagas fosforescentes.

Aquel hacinamiento de rocas y de materiales, blancos unas veces, negros otras; aquellas vetas rojas de fuego que pintan las calizas y pizarras; aquellas irisaciones metálicas que se incrustan en los guijos y pedrizas; el desorden, en fin, en la inclinación y dirección de los macizos, y la escasez de arbustos y de matas, revelan á los hombres de campo una fuerza sobrehumana y caprichosa que tiene por centro de actividad la misteriosa cueva y que la tradición corrobora con mil cuentos y consejas, que perpetúa y agranda la infantil imaginación del pueblo.

Que la Cueva de la Quilama comunica con el mar ó con los ríos que bañan la inmediata Sierra de Francia; que se oyen gritos y lamentos en la boca de la Cueva; que se escuchan voces

siniestras y golpes fuertes, que parecen conmover las entrañas mismas de la sierra, hé ahí las cosas que, entre otras mil, no cesa de repetir la credulidad, y ese afán de dar vida á los accidentes naturales ó á las huellas que dejó sobre el suelo la actividad incesante de otros pueblos y razas.

Pero demos forma á la leyenda de la Cueva de la Quilama, tal como la dibujó el pueblo con el lápiz de lo maravilloso y á través de algunas exploraciones desgraciadas.

I

En el pueblecillo de la Rinconada vivía, hace bastantes años, un albañil que creía que en el interior de la Cueva de la sierra existía un rico tesoro. Cegado por la codicia, excitó á otro hombre del pueblo á una exploración del agujero, ponderándole los bienes que aquello podría reportarles.

Al fin, después de largo tiempo de dudas, de planes y de discusiones, pareció á ambos acertadísima la idea y casi seguro el hallazgo de una gran fortuna, y convinieron en realizar su proyecto, preparando al efecto escalas, cuerdas, garfios y picos.

Una mañana, al rayar el día, el albañil y su ayudante subieron, sin ser vistos, hasta lo alto

de la Quilama, y después de sujetar las maromas fuertemente á las peñas y de amarrarlas, para más seguridad, en grandes garfios y palancas, hincadas en la tierra, se deslizaron por dos escaleras y pausadamente á lo largo de las ásperas paredes de la sima.

Iba delante el albañil como más experto y atrevido; mas á poco rato una completa oscuridad envolvió el hueco de la mina.

Encendieron las linternas, que llevaban colgadas de un garfio al ojal de la chaqueta, y un espectáculo verdaderamente hermoso se extendió ante su vista.

La cueva se ensanchaba en forma de inmensa y circular bóveda, formada por rocas de variadísimos colores, que producían cambiantes bellísimos, verdes, rojos y azules al ser heridas por la luz artificial.

Abríase en el fondo de la bóveda un gran agujero en dirección al naciente, por el cual penetraron, al fin, ambos viajeros codiciosos.

Las paredes, el piso y la bóveda de aquel gran laberinto subterráneo, presentaban el más fantástico aspecto.

Todos los colores del iris, y todos los cambiantes de las conchas, y todos los más vivos colores del plumaje de las aves, tenían allí sus representantes en las rocas, cortadas por fajas de muy diversas formas y tintas. Allí, entre las fisuras de las peñas, se engarzaban á trechos gruesos brillantes y esmeraldas, gigantescos rubíes y topacios colosales, que con sus juegos de luz y sus vivos resplandores ofuscaban los ojos

de los viajeros subterráneos, infundiéndoles una extraña admiración.

Un ruido sordo de agua que golpea en las peñas y de martillos que chocan contra yunques de acero, venía á mezclarse á ratos con el sordo rumor del aire, que rozaba las ásperas cortaduras de aquella subterránea galería, cubierta á trechos de plantas extrañas, entre cuyas partidas hojas asomaban los fulgurantes y verdosos ojos de reptiles nunca vistos, que parecían admirados de ver cruzar aquellas recónditas mansiones al albañil y á su ayudante, medlo muertos de terror y de cansancio.

Nadie sabe el tiempo que andarían por tan extraño laberinto; lo cierto es que, á medida que avanzaban, los ruidos eran más fuertes, la agitación más intensa y el calor más sofocante.

Por fin, la bóveda se cortaba, el camino se inclinaba en áspera rompiente, y un nuevo espectáculo se presentaba á la vista de los atrevidos exploradores de la Cueva de la Quilama.

El túnel formaba un extenso círculo, inmensa mansión de fuego, conmovida por estremecimientos y ruidos infernales, que venían á aumentar el pasmo del albañil y de su ayudante.

Entre aquel conjunto de piedras, de llamas y de cascadas hechas áscua, que salían á chorros de las paredes, vertiéndose y consolidándose en las pizarras y guijos, miles de hombres, pequeños, fornidos, de resplandecientes ojos y alumbrados por una luz más viva que la del sol, amasaban con sus manos las piedras, incrustan-

do en ellas, con enérgico empuje, filones de cobre, de estaño, de oro, de plata y de plomo.

Aquel mundo singular y portentoso, que se desenvolvía ante los turbados ojos de aquellos dos hombres, era ni más ni menos que la realización brillante y acabada de las palabras de Fausto: "Vosotros admirareis todo el trabajo misterioso de la naturaleza, y en los abismos más profundos sentiréis latir robusta la fuerza de la vida."

Los mónstruos en miniatura, que se agitaban en tropel entre las rocas, golpeaban las peñas, reunían las aguas, moderaban ó acrecían el fuego, entre cuyas llamaradas reían, gesticulaban y se movían incesantemente con ese vertiginoso movimiento de los pequeños organismos de las aguas.

Las pizarras se abrían, al brío colosal de los pequeños gnomos, como las hojas de un libro, y los metales, que salían á chorros de las paredes, iban bañando las rocas y recubriéndolas de bellas tintas.

El albañil quedó aturdido y como petrificado de espanto; su ayudante, fuera de sí y loco de terror, se precipitó hácia la boca del túnel, trepó frenético por la escala, y salió otra vez, casi ahogado, á la cima de la sierra de la Quilama.

Tendido largas horas sobre las rocas de la sierra, muerto de cansancio y postrado por la emoción, pasó toda la noche.

Al venir el día miró á su alrededor y le pareció todo un sueño, una atroz pesadilla. Reco-

noció las maromas, los garfios, las escalas. La roca que sostenía la maroma del albañil estaba rota; el garfio partido; la palanca de hierro había desaparecido. La escala no tenía más que tres peldaños adheridos á una pizarra y completamente despedazados.

El pobre hombre nunca logró saber si había sido su exploración un sueño ó una realidad; pero el albañil no volvió á verse en el pueblo.

Había muerto en aquella profunda sima, ó trabaja desde entonces, convertido en gnomo, en las entrañas de aquella montaña.

Quería fortuna, y la halló en aquella hondura; pero cimentada en un trabajo rudo é incesante.





EL S^{to} CRISTO DEL HUMILLADERO



I

En el último tercio del siglo xvii, vivía en Salamanca una joven hermosísima, hija de los nobles señores de Fermoselle.

Carmen, que éste era el nombre de la interesante doncella, había recibido del cielo una sensibilidad, al parecer tranquila, pero concentrada y profunda; una ternura dulce, pero honda y apasionada.

Damián de Guzmán, hijo primogénito de los señores de la Aldehuela, exaltado y valiente, como casi todos los jóvenes de su época, había puesto sus ojos en aquella interesante doncella, y la amaba con ese sentimiento apasionado é

impetuoso, que halla un tormento en sus mismas esperanzas y un sufrimiento en medio de sus sueños de felicidad.

Carmen escuchó en un principio con desconfianza, pero con interés, las apasionadas palabras de Damián, conociendo que eran irresistibles.

Le amaba con timidez, con humildad, con recelo, pero le amaba.

Carmen se estremecía muchas veces al contacto del alma impetuosa de su amante, como se extremece la violeta del prado al empuje de una ventisca de primavera; pero después de aquella súbita impresión, la joven fijaba sus serenos ojos en el animado rostro del mancebo, y en sus pupilas de fuego veía juntas, como dominadoras de su alma, todas las gracias de la juventud y todas las iniciativas de un corazón valeroso.

Damián fué víctima de la más loca de las pasiones, cuando tocó en el fondo de aquella alma pura la ternura del amor, y sorprendió en aquellos labios de rosa el rumor suave de enamorado é involuntario suspiro.

II

Las postrimerías del reinado de Felipe IV habían sido funestas para la Universidad y para Salamanca. Las fuentes de la riqueza pública se habían aminorado en extremo, y la nobleza

salmantina estaba dividida por rivalidades y discordias, que trocaron en enemigos encarnizados á los Castillos y Guzmanes.

Fué aquel suceso un dardo emponzoñado que vino á clavarse en el corazón de Damián, nublando en su mente juvenil un cielo entero de esperanzas.

El carácter humilde de Carmen no se atrevería jamás á saltar por encima del imperioso mandato de su padre.

La voluntad de hierro del noble salmantino no era capaz de torcerse al calor de las lágrimas; ni de ablandarse al empuje de los cariñosos ruegos de su hija.

Antiguos enconos y mal reprimidas rivalidades de ambas familias formaron una inmensa montaña, que caía á la postre, deshecha en pedazos, sobre los apasionados corazones de los jóvenes amantes.

Una lucha horrible sostenía en silencio la joven, y en medio de sus penosas crisis pedía llorosa auxilio á Dios.—Sus oraciones no cesaban, ni sus penas y contrariedades tenían término.

Una tarde, cansada de sufrir, salió de casa sin ser vista, y se dirigió angustiada á la ermita del Santo Cristo del Humilladero, situada en las afueras de la Puerta de Zamora, no lejos del convento de padres Capuchinos.—Sola y arrodillada ante la milagrosa imagen, Carmen rezó, lloró y pidió auxilio en su terrible sufrimiento.

Por más que en el fondo de su alma generosa germinaba la propensión al sacrificio, su

imaginación la borraba y desvanecía al evocar la dolorida figura de Damián, que le pedía cuenta de sus juramentos, de sus ternuras y de sus esperanzas, lumbres apacibles y sonrosadas, que hallaban fácil entrada en su corazón atribulado.

La tarde declinaba, y por los empañados vidrios de las ventanas de la ermita penetraba una luz débil y cárdena, que iba á aumentar la palidez del descarnado rostro del Redentor.

Carmen juntó sus manos, miró llena de fervor suplicante al Crucifijo y exclamó en medio de su congojosa indecisión. ¡Señor, Señor, ayúdame ahora, más necesitada que nunca de vuestro divino auxilio! ¿Debo de obedecer á mi padre, que reclama el sacrificio de este cariño, que es toda mi ilusión y mi vida?

El Mártir alzó la cabeza, desplomada sobre el ensangrentado pecho, é hizo con ella á la joven un signo afirmativo.

Carmen cayó desplomada sobre las negras losas del pavimento, al impulso de aquella intensa emoción de pasmo, y ofuscada y ciega por el brillo penetrante y sobrehumano, que lució un momento en las pupilas del Santo Cristo, iluminando, como un vivo relámpago, las paredes del santuario.

El guardián del Humilladero entró en la ermita, antes de cerrar la puerta, y al observar tendida en el suelo á la noble doncella, y juzgándola víctima de un desgraciado accidente, la llamó con cariño, moviendo cuidadosamente su artística y angelical cabeza.

Carmen abrió sus hermosos ojos y se puso en pié trabajosamente.

¿Qué ha sido eso? preguntó el guardián. ¿Queréis que os acompañe? Nó, muchas gracias; no fué nada. Un pequeño desvanecimiento. ¡Estuve tanto tiempo de rodillas!

Y el guardián acompañaba á Carmen hasta el cancél del templo, golpeando al andar las llaves de la puerta, pendientes de una negra correa, y exclamando entre dientes, despues de despedir con cariñoso respeto á la doncella ¡En verdad que es un angel!

III

Damián no quería persuadirse de lo que pasaba.—El desvío de Carmen teníalo exaltado y fuera de sí.

Toda súplica era inútil.

Pero llegó un dia en que la joven, estrechada por los ruegos de Damián, tuvo que pronunciar y justificar la palabra *imposible*. Para eso la fué necesario, revelar á su amante el secreto de su conducta y la única fuerza capaz de ahogar los impulsos de su voluntad.

Damián quedó absorto; y cuando se persuadió de que aquello no era una sangrienta burla ni una superchería indigna, la sangre se agolpó á su cerebro; una extraña agitación azotó sus

miembros; quiso gritar, y no pudo; quiso correr y sus pies se clavaron y sus ojos se oscurecieron.

Al fin, y tras largas horas de postración y de quebranto, y dado el carácter religioso de su amada, Damián comprendió que todas sus esperanzas habían muerto.

Dios lo había hecho todo, moviendo, por misterioso resorte, la cabeza ensangrentada de la milagrosa imagen del Humilladero.

IV

El mal es hijo de la noche. Todos los infortunios le buscan, todos los dolores del cuerpo y todas las penas del espíritu parecen agrandarse con las sombras.

La agitación de Damián creció también al llegar la noche del infausto día en que supo la causa irremediable de su desgracia.

El deseo de venganza dominaba sólo el corazón de Damián, mandado por el despecho.

El joven se dejó arrebatarse por una tremenda ira: sus ojos chispeaban como áscuas, rechinaban sus dientes, y sus manos temblaban, agitadas por un movimiento nervioso.

Rápido como un rayo, Damián corrió á su sala de armas, descolgó un hacha reluciente, la ocultó entre sus vestidos, y se encaminó frenéti-

co hácia la Ermita del Humilladero, cuando ya la noche había envuelto en sombras la ciudad.

Un débil resplandor iluminaba la reja de la ventana del santuario, reflejo de la mortecina luz de la lámpara.

Las afueras de la ciudad estaban desiertas, y sólo una brisa ténue hacía oscilar de cuando en cuando la luz amarillenta de la ermita, extendiendo á ratos sobre sus paredes negras sombras, que envolvían también, allá en el fondo, el altar y las imágenes.

Damián se acercó á la puerta del santuario, la empujó con fuerza, las desbaratadas tablas cedieron á su impulso con agudo ruido de goznes que saltan y de hierros que se parten, y el joven se encontró dentro del reducido templo.

Cuando á los breves momentos percibía Damián, á la vacilante luz de la lámpara, la imagen del Crucificado, sus ojos se inyectaron de sangre, y corriendo hacia el altar, saltó hasta el escabel del Santo Cristo, que arrancó furioso de su asiento, arrojándolo con ira satánica sobre las losas del pavimento.

El joven volvió á descender de otro salto desde el altar, arrastró el Crucifijo al círculo de luz que proyectaba la lámpara, y empuñando el hacha, y alzándola con feroz brío sobre su cabeza, descargó un golpe seco sobre la imagen.

El Cristo del Humilladero saltó hecho astillas, produciendo un ruido siniestro, que retumbó en la bóveda y conmovió los cimientos de la ermita.

El desesperado Damián arrojó de sí el hacha

con nerviosa convulsión, y corrió loco por el campo, cruzando sembrados y montes durante largas horas.

La estrella del alba anunciaba ya la mañana, la luna se desvanecía en el cielo, como una esperanza, y una gasa ténue de oro, plata y grana bañaba las crestas de los cerros, haciendo brillar las cortezas de los árboles con cierta blancura fantástica.

Los primeros ruidos del día que empieza se confundían en el aire con los vibrantes ecos de las campanas de los templos, con las primeras melodías y trinos de las aves y con el acompasado ruido del río al golpear las presas de las aceñas.

Damián exhaló un agudo grito, dió el último paso, y cayó al borde de un prado, como cae el chacal herido por certera bala.

V

En Salamanca, al siguiente día, la noticia del horrible suceso corría de boca en boca, sobrecogiendo de terror á las gentes.

El hilo de oro de la tradición ha traído hasta nosotros la noticia de que el día 20 de Agosto de 1670, un loco ó un endemoniado hizo pedazos

el Santo Cristo del Humilladero, á quien la piedad de nuestros antepasados, alzando en el propio sitio un nuevo templo, llamó con creyente reverencia, el Santo Cristo de los Agravios.

VI

Damián no murió; pero estuvo largo tiempo enfermo.

Se ocultó entre las breñas y asperezas de uno de sus montes, y quedó triste para siempre.

Su profunda melancolía se hizo un delirio, y su negra cabeza se llenó de canas. Aquella noche fatal le arrebató para siempre la juventud y la alegría.

Nunca más volvió á la ciudad; jamás se le vió en una fiesta, ni mujer alguna obtuvo de sus ojos una mirada de amor.

Algunas noches se perdía entre la espesura de los árboles, ó trepaba á las cumbres de los cerros, mirando absorto el fulgor oscilante de las estrellas.

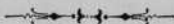
En las noches oscuras los pastores solían oír en los valles y majadas un canto lúgubre: era el canto de Damián, impregnado en las hondas tristezas de su alma.

Había puesto á la cabecera de su lecho un Santo Cristo, y todas las noches lo besaba de rodillas.

Fueron los únicos besos que dió hasta el fin de su vida aquel joven desventurado.



LA CRUZ DEL RAYO ⁽¹⁾



I

EL Gran Duque de Alba, después de dejar el gobierno de Flandes, tornaba en Enero de 1574 á Alba de Tormes, para abrazar á su amada esposa, después de tan larga ausencia.

Los graves asuntos de Estado y las fatigas de la campaña habían postrado su naturaleza robusta, y las intrigas de sus émulos habían

(1) Visitando el monasterio de Alba el pasado mes de Septiembre, en compañía del notable escritor señor Castro y Serrano y de mi querido amigo don Arturo Losada, éste último me invitó á escribir esta leyenda, bajo el gráfico epígrafe de *La Cruz del Rayo*. Solo siento que mi poca destreza me haya impedido corresponder de mejor modo á la excitación y al deseo de mi amigo queridísimo.

amargado algún tanto su valeroso corazón. Por eso el gran don Fernando, en su retiro de Alba, gustaba de recorrer sus dominios y se complacía en los goces tranquilos del hogar y del campo, que le reponían de sus pasados quebrantos. Se distraía con frecuencia en giras y cacerías á los pueblos y montes próximos y en visitas á Salamanca, donde era admirado y agasajado en extremo, especialmente por los Condes de Monterey.

La Duquesa, su esposa, habíale contado en las largas veladas de aquel invierno los grandes prodigios realizados por la madre Teresa de Jesús en la santa empresa de sus fundaciones y los extraordinarios hechos que habían rodeado la frente de la humilde monja con la brillante aureola de la santidad.

El extraordinario entusiasmo de la Duquesa por la madre Teresa, las admirables cartas escritas á la noble señora por la Virgen de Alba, durante la ausencia del Duque, en las cuales resplandecen la penetración más rara y la elocuencia más natural y persuasiva, movieron de tal modo el interés del Duque de Alba y le admiraron de modo tan subido, que mostró vivo empeño desde entonces en que la reformadora del carmelo visitara á Alba de Tormes.

Aquel hombre extraordinario, templado en las rudas faenas de la guerra y aleccionado en las intrigas de la diplomacia, se maravillaba de ver en el vaso fragil de una mujer, tan vigoroso temple de espíritu, tanta firmeza y perseverancia y tan robusta voluntad, ajena al desmayo

que provocan los obstáculos y al desaliento que engendran las asechanzas.

El espíritu divino debía alentar, sin duda, en el alma de la humilde monja, llenándola de luz y de inspiración. Solo así se explicaban aquellos himnos que parecían arrebatados á los labios de los serafines, y aquel lenguaje puro y ardiente, que parece dictado desde la eterna patria, motivo constante de sus anhelos y esperanzas.

Teresa de Jesús llegaba á Alba, cediendo á reiteradas instancias, en 1574, según ella propia confiesa en su carta á la priora de San José de Salamanca.

El trato de aquella mujer admirable, la viveza de sus ojos, la gracia de su semblante y la penetración de su espíritu, pasmaron de tal suerte al Gran Duque de Alba, que le parecían escasos los elogios que antes había oído respecto á tan extraordinaria mujer.

Fueron, pues, los Duques desde entonces los protectores más entusiastas y devotos de Teresa de Jesús; y aunque algunas dificultades motivaron por entonces el aplazamiento hasta 1581 de la fundación de Alba, quedó en el ánimo del gran prócer y general de Flandes, arraigada y viva la creencia de que Teresa de Jesús era, con efecto, una de esas criaturas elegidas por Dios para esparcir en el árido suelo de esta vida mortal, el perfume del cielo y el aliento de la inmortalidad.

II

En el palacio de Monterey conversaban de sobremesa, en una tarde sofocante de Agosto, los Condes y el Duque de Alba.

El Gran Duque narraba con su natural modestia interesantes episodios de la guerra de Flandes, doliéndose de la desgraciada muerte del alférez salmantino Pedro Nieto y ponderando la bizarría del capitán Ovalle y del sargento mayor Pedro Paz, también natural de Salamanca.

El buen Nieto, sobre todo, decía el Gran Duque, jamás se me aparta de la memoria, porque fué uno de los siete valientes perdidos en la jornada gloriosa de Yemminga.

Y ¿cómo fué? don Fernando, preguntaba la Condesa, llena de viva curiosidad.

La batalla de Yemminga se dió, hija mía, á orillas del Ems.

Luis de Nassau, maltrecho por la derrota de Grosneínga, y hostigado por el despecho, se nos presentó á la vista, provocativo y arrogante, por la orilla izquierda del rio.

Mis tropas le acometieron con tanto ardor, que el pánico se hizo general en las filas del enemigo. Siete mil flamencos quedaron sobre el campo, y en número inmenso perecieron ahogados en el Ems. Tantas fueron las víctimas, que sus sombreros cubrían la superficie del rio en un gran espacio.

¡Qué horror! exclamaba la condesa de Monterey.

En aquella gloriosa jornada perdí al alférez Nieto.

Yo le ví hundirse más de una vez entre murallas formidables de flamencos, y abrirse paso con la espada, derribando á unos é hiriendo á otros. A mi lado llegó, al fin, muerto y despedazado. ¡Adiós, mi general! me dijo. Le apreté la mano entre las mías, y le besé en la frente, exclamando: ¡adiós, hijo mío! ¡así mueren los buenos!

El Gran Duque á pesar de su alta categoría militar, hablaba con el afecto de un hermano, aún de sus más humildes compañeros de armas, conmoviéndose visiblemente ante la desgracia de los unos y el valor indomable y heróico de todos.

El Gran Prócer callaba siempre su propia pericia y sus esfuerzos extraordinarios, sus arranques de ingenio y sus viriles resoluciones, para dejar el éxito de las empresas en manos de Dios, en el acierto del emperador ó en el maravilloso arrojo del soldado.

Pero ¿os atrevéis á dejarnos tan pronto, don Fernando? dijo la Condesa en una de las pausas de tan interesante conversación. Siempre venís de prisa y nunca paráis en Salamanca más que breves horas.

Don Fernando, como buén soldado, añadía el Conde, no puede hacer vida reposada.

Así es, en efecto; el ejercicio de las armas gastó en mí desde muy joven los gérmenes de

la pereza. ¿Cómo me habrá rendido la última campaña que he permanecido veinte días en Uceda, pareciéndome agradable la forzada prisión de mi castillo?

¿No oís? dijo entonces la Condesa de Monterey, alzándose rápida de su tallado sillón de rogal ¡un trueno! La tarde se pone muy á mi gusto para reteneros hoy aquí, don Fernando.

¡No es posible! dijo el Gran Duque, corriendo hacia la calada ventana de la estancia, que daba sobre el patio.

¡Miguel, Miguel! á preparar en un vuelo las mulas.

Pero ¡qué empeño! ¿no véis que pasaréis un mal rato sin necesidad, si cerráis los oídos á mi súplica? replicó con tono de bondad y persuasión la noble Condesa de Monterey.

No hay cosa más mudable que el tiempo en esta estación. El aire barrerá las nubes, y de todos modos nuestras mulas necesitan poco rato para ponernos en casa.

Breves momentos después, el Duque de Alba y su criado cruzaban el puente sobre el Tormes, cuando ya densas nubes pardas cerraban el horizonte hacia los altos del Montalvo.

Al llegar al espeso monte de los Perales la tormenta era deshecha. El pedrisco saltaba en los surcos y se amontonaba en los barrancos, y una manga formidable de agua, azotada por furioso huracán, obligaba al gran Duque y á su criado á guarecerse al pié de una corpulenta encina.

Los relámpagos se hacían más vivos y los

truenos más temerosos, de tal suerte, que el aguerrido capitán, vencedor en mil batallas, hubo un instante en que sintió en sí como un movimiento de terror. En aquel momento, su pensamiento evocó el recuerdo santo y querido de la Madre Teresa de Jesús. Una luz vivísima encendió el suelo, un ruido sordo agitó la tierra, un aliento cálido y malsano emponzoñó el aire, y el Gran Duque percibía maravillado el rostro angelical y sonriente de la monja, en medio de aquella intensa lumbre que fatigaba sus ojos.

Al mirar más tarde á su alrededor, don Fernando contemplaba con pasmo, roto de medio á medio el colosal tronco de la encina en que se hallaba apoyado. En una de las caras de la profunda desgarradura del leño, el rayo con su lapiz de fuego había dibujado una cruz, una cruz negra, que lo traspasaba hasta la corteza.

El Duque de Alba mandó cortar aquella cruz, y colocada en lujosa caja de filigrana de plata, la donó al monasterio de Alba de Tormes, donde hoy se venera, como muestra del poder sobrenatural de Teresa de Jesús, aun antes de que la iglesia la llevara á los altares, con la vista alzada al cielo, su patria, la borla caída sobre su frente de nieve y la pluma fija en sus inimitables libros.



3805 A
388

ÍNDICE



	Págs.
Advertencia preliminar.	3
El Copo de Oro.	5
Los Guias Celestiales.	14
La Flor del Pájaro.	19
¡Qué Rareza!	24
El Padre Cadete.	30
La Fuente de Roldán	41
La Marquesa de Almarza.	45
Fray Juan de Sahagún.	50
Una Anguila y un Seminario.	62
La Cueva de la Quilama.	67
El Santo Cristo del Humilladero.	74
La Cruz del Rayo.	83







INDYAN
DANCE
SAND
MANT
SAND
INDYAN
DANCE
SAND
MANT
SAND